

ciudad nueva para adaptarla á las necesidades del trabajo moderno, conservando todo lo que tuvo de pintoresco, de curioso ó de bello en los siglos pasados; es preciso saber conservar en ella la vida y darle la salubridad y la utilidad perfectas, del mismo modo que unas manos piadosas restablecen la salud de un enfermo. Así es como en la ciudad de Edimburgo unos hombres inteligentes, á la vez artistas y sabios, emprendieron la restauración de la admirable calle de High-Street, que desciende de la fortaleza al palacio de Holyrood, uniendo las dos células principales de la antigua ciudad. Abandonada repentinamente, cuando la marcha á Inglaterra del rey Jacobo, por los parásitos de la corte, chambelanes, militares, hombres de placer, proveedores y hombres de ley, esta avenida de casas ricas cambió de habitantes; los pobres hicieron de ellas su vivienda, acomodando lo mejor posible las grandes salas, dividiéndolas por medio de tabiques groseros. Dos siglos después de la deserción de aquella calle, se había convertido en un conjunto de caserones con patios nauseabundos, de rincones invadidos por las fiebres: la población, vestida con harapos insanos, siempre manchados de lodo, se componía en gran parte de enfermizos, escrofulosos y anémicos. A los vicios elegantes de la corte habían sucedido los vicios con toda su pública repugnancia. Contra esas horribles sentinas dirigieron sus ataques los restauradores, transformando gradualmente cada casa, restableciendo las escaleras de anchas rampas y las salas de chimeneas monumentales, introduciendo en todas partes grandes oleadas de aire puro y de luz, á la vez que conducían agua abundante al último desván y colocaban bajo-relieves y adornos en las desnudas paredes del edificio. Lo pintoresco de las construcciones se conservó con respeto y hasta se aumentó con torres, azoteas y miradores, despojado todo del horrible acompañamiento de la basura y de la hediondez; la calle, antes repugnante y sucia, está ahora limpia y ostenta en sus balcones flores y follaje, lo mismo que, en un jardín, la flor brota del pie de la rama primera cuando un trastorno violento ha conmovido el suelo que le sustenta.

Pero en una sociedad donde los hombres no tienen el pan seguro, donde los miserables y hasta los hambrientos constituyen todavía una gran proporción entre los habitantes de cada gran ciudad, la

reforma de los barrios insalubres no pasa de ser un bien á medias, porque los desgraciados que los habitaban se ven expulsados de sus antiguos tugurios y forzosamente han de buscar otros en los suburbios adonde llevarán sus emanaciones ponzoñosas. Por excepcionalmente ilustrados y de gusto perfecto que sean los ediles de una ciudad, aunque cada restauración ó reconstrucción de edificio se hiciera de una manera irreprochable, no dejarían de ofrecer todas nuestras ciudades el penoso y fatal contraste del lujo y de la miseria, consecuencia necesaria de la desigualdad, de la hostilidad, que cortan en dos el cuerpo social. Los barrios suntuosos, insolentes, tienen como contraste unas casas mezquinas, que ocultan tras sus paredes exteriores, bajas y desniveladas, patios húmedos, con un pavimento formado de mezclas solidificadas de toda clase de suciedades. Hasta en las ciudades cuyos administradores procuran ocultar hipócritamente todos los horrores, cubriéndolos con exterioridades decentes y blanqueadas, la miseria rezuma sin remedio: se siente que allí detrás cumple la muerte su obra más cruelmente que donde no hay hipócritas ocultaciones. ¿Cuál es, entre nuestras ciudades modernas, la que no tiene su *White-Chapel* y su *Mile-End road*? Por bella, por grandiosa que pueda ser en su conjunto una aglomeración urbana, siempre tiene sus vicios aparentes ó secretos, su tara, su enfermedad crónica, que conduce irrevocablemente á la muerte si no se logra restablecer la libre circulación de una sangre pura en todo el organismo.

¡Cuántas ciudades están todavía muy lejos del tipo de salubridad y de estética futuras! Un diagrama, publicado en el anuario de Petersburgo para el año 1892, da un notable ejemplo del consumo de vidas humanas de aquella capital: partiendo del año 1754, época en que la población de Petersburgo era de 150,000 individuos, la curva de acrecentamiento se eleva en 126 años á 950,000 personas, en tanto que la curva de población hipotética, calculada según la mortalidad y sin contar los inmigrantes, desciende á 50,000 bajo cero. La natalidad no llega á exceder algo de la mortalidad hasta 1885, año de la gran limpieza. ¡Cuántas ciudades en el mundo, como Budapest, Lima, Rio de Janeiro, estarían en vía de ruina rápida si no vinieran los campesinos á llenar los huecos dejados por los muertos! Si los Parisienses se extinguen al cabo de dos ó tres



generaciones, cúlpese al olor pernicioso de la ciudad; si los Judíos polacos son declarados inútiles como reclutas en mayor número que los jóvenes de otras nacionalidades, cúlpese á las ciudades en que vegetan pobremente en el *ghetto*.

¡Cuántas aglomeraciones existen cuyo cielo parece un velo funerario! Penetrando en una ciudad ahumada, Manchester, Seraing, Essen, El Creusot ó Pittsburgo, se ve que las obras de los liliputienses humanos empañan la luz, profanan la hermosura de la Naturaleza. Una cantidad de carbón escapada á la combustión, formando un velo continuo de una fracción de milímetro de espesor<sup>1</sup>, basta, sobre todo unida á la niebla, para contrabalancear la luz solar. La atmósfera opaca que á veces pesa sobre Londres es justificadamente célebre.

Además del problema del humo, fácil de resolver, el saneamiento de los centros urbanos suscita otros muchos. El sistema de evacuación de las aguas sucias y de la basura casera, la clarificación de las aguas de cloaca, sea por procedimientos químicos, sea por su empleo racional en agricultura, distan mucho de haber recibido soluciones satisfactorias ó aceptadas y no pocos municipios ni siquiera piensan en tales asuntos. La elección de un suelo firme para el tránsito rodado que no dé polvo ni lodo, y la organización eficaz de los transportes en común tienen también su influencia sobre la salud general.

Numerosos indicios demuestran que el movimiento de flujo que lleva hacia las ciudades la población de los campos puede detenerse y aun transformarse en un movimiento de reflujo. En primer lugar, la carestía de alquileres urbanos conduce naturalmente á los trabajadores á fijar su residencia en los suburbios, y los jefes de industria tienen interés en favorecer el exodo, puesto que ha de producir la baja en los precios de la mano de obra. La bicicleta, los tranvías de servicio matinal y los trenes obreros han permitido á miles de trabajadores y empleados de corto sueldo alojarse con alguna ventaja pecuniaria en un aire menos cargado de ácido carbónico. Debido á esa facilidad, en Bélgica, los municipios rurales de muchos

<sup>1</sup> Ch. Dufour, *Bulletin de la Soc. Vaudoise des Sciences Naturelles*, Junio-Septiembre 1895, p. 145.

distritos han conservado su población gracias á la extensión de los «cupones semanales». En 1900 no se contaban menos de 150,000 obreros que residían por la noche y el domingo en su pueblo y cada día de la semana iban á trabajar hasta 50 kilómetros de distancia, — mediante el abono semanal de 2'25 francos, — en una fábrica ó manufactura de alguna ciudad lejana. Pero tal solución es bastarda,



CASAS DE BOURNEVILLE

Villa industrial de los contornos de Manchester.

porque el jefe de familia se agota en largos trayectos, en malas comidas, en cortos reposos nocturnos, aparte de que el saneamiento de las villas suscita los mismos problemas que el de las ciudades<sup>1</sup>.

Más aún: la electricidad suministrada por el agua corriente, tiende á reemplazar al carbón y á dispersar las fábricas á lo largo de los ríos. Así se ha visto la ciudad de Lyon, á pesar de su potencia de atracción por el trabajo y el florecimiento artístico, disminuir en muchos miles anuales el número de habitantes, no por

<sup>1</sup> Emile Vandervelde, *L'Exode rural*.



falta de prosperidad, sino al contrario, porque sus ricos tejedores y otros industriales habían extendido su dominio de actividad por los departamentos vecinos hasta los Alpes, en busca de cascadas ó rápidos que les suministraran la fuerza motriz necesaria.

Considerándolo bien, toda cuestión de utilidad se confunde con la misma cuestión social. ¿Llegarán todos los hombres sin excepción á respirar el aire en cantidad suficiente, á gozar plenamente de



BARRIO OBRERO EN MANCHESTER  
Tipo de los *slums* ingleses.

la luz del sol, á disfrutar la belleza de la frondosidad de los árboles y del perfume de las flores, á alimentar suficientemente su familia libre del temor de que le falte el pan? Pues en este caso, y únicamente de ese modo, podrán las ciudades realizar su ideal y transformarse en absoluta conformidad con las necesidades y

los placeres de todos, convirtiéndose en cuerpos orgánicos perfectamente sanos y bellos.

Á ese programa pretende responder la ciudad-jardín. Y efectivamente, industriales inteligentes y arquitectos innovadores han logrado crear en Inglaterra, donde el tugurio urbano era de lo más repugnante, cierto número de centros en condiciones tan perfectamente sanas para el pobre como para el rico. Port-Sunlight, Bourneville y Letchworth contrastan felizmente con los *slums* de Liverpool, de Manchester y otras ciudades análogas, y las tablas de mortalidad de esas localidades rivalizan por la pequeñez de sus cifras con las de los barrios más suntuosos de nuestras capitales — 10 ó 12 defunciones anuales por 1,000 habitantes; — pero resulta que siempre son privilegiados los que habitan las ciudades jardines, y la buena voluntad de los filán-

tropos no basta para conjurar las consecuencias del antagonismo que existe entre el Capital y el Trabajo.

No es indispensable recurrir á esas creaciones de nuestra época para encontrar notables pruebas del anhelo de belleza que sentían algunas ciudades antiguas, el cual únicamente se satisface por la formación de un conjunto armónico. Pueden citarse especialmente las municipalidades de los Polabos, gentes de origen eslavo que viven en la cuenca

del Jeetze, afluente hanoveriano del Elba. Allí están todas las casas dispuestas á distancias proporcionadas alrededor de una gran plaza ovalada, en la cual se hallan un pequeño estanque, un bosque de encinas ó de tilos, algunas mesas y asientos de piedra; cada vi-



CASA OBRERA EN LETCHWORTH  
Nueva ciudad-jardín á 50 kilómetros de Londres.

vienda dominada por un alto caballete, vuelve su fachada hacia la plaza y presenta sobre su puerta una inscripción biográfica y moral. La verdura de los jardines exteriores se desarrolla en un hermoso círculo de árboles únicamente interrumpido por el camino que une la plaza á la carretera general; sobre esa línea de unión con las otras villas se han construido la iglesia, la escuela y la posada<sup>1</sup>.

De tal modo se halla concentrada la población en algunas grandes ciudades, que excede de 1,000 habitantes por hectárea, especialmente en algunos barrios de París; en Praga se estrechan más aún las multitudes; en New-York, en 1896, la pululación de los seres humanos alcanzó su mayor densidad, 1,860 individuos por hectárea

<sup>1</sup> Dr. Tetzner, *Globus*, 7 Abril 1900.



en una extensión de 130 hectáreas<sup>1</sup>. Alrededor de las ciudades que el ramo de guerra no ha rodeado de una marca prohibida á la edificación, la campiña se cubre de quintas y de casas. Atraídos hacia lo que es su centro natural, los agricultores se aproximan cada vez más al macizo continuo de construcciones y forman en su contorno un anillo de población densa; obligados, en consecuencia, á contentarse con menor espacio para su habitación y sus cultivos, se entregan á un trabajo más intenso: de pastores se hacen labradores, y de labradores se hacen hortelanos: los mapas demográficos manifiestan bien ese fenómeno de la repartición anular de los campesinos transformándose en horticultores. Así la ciudad de Bayreuth está ceñida de una zona donde la densidad de la población es de 109 habitantes por kilómetro cuadrado; alrededor de Bamberg, la densidad kilométrica alcanza la cifra de 180 individuos, y el terreno sobre que se ha reunido aquella multitud era en su origen de escásimo valor; mezcla de arena y de turba, sólo convenía antes al crecimiento de las coníferas: actualmente se halla transformado en un suelo incomparable para la horticultura<sup>2</sup>. En la región mediterránea sucede que el amor á la ciudad, en lugar de poblar la campiña de suburbio, la despuebla por el contrario. El gran privilegio de poder discutir los intereses públicos ha cambiado por tradición todo el mundo en ciudadanos. El llamamiento de la agora como en Grecia, de la vida municipal como en Italia, atrae á los habitantes hacia la plaza central donde se debaten los asuntos comunes, más aún en los paseos públicos que entre las sonoras paredes de la casa de la ciudad. Así en Provenza, el pequeño propietario, en vez de habitar en sus campos, permanece siendo ante todo un «urbano» inveterado. Aunque posee su casa de campo, no se instala en aquella vivienda rural, sino que reside en la ciudad, desde donde puede ir, paseándose por el camino que forma la línea de unión, á visitar sus árboles frutales y á recoger la cosecha. Los trabajos del campo son para él cosa secundaria<sup>3</sup>.

Por un movimiento de reacción muy natural contra el espan-

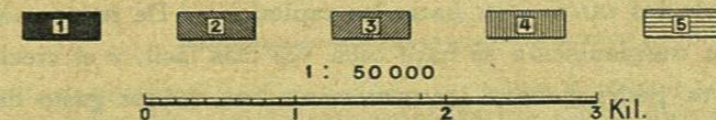
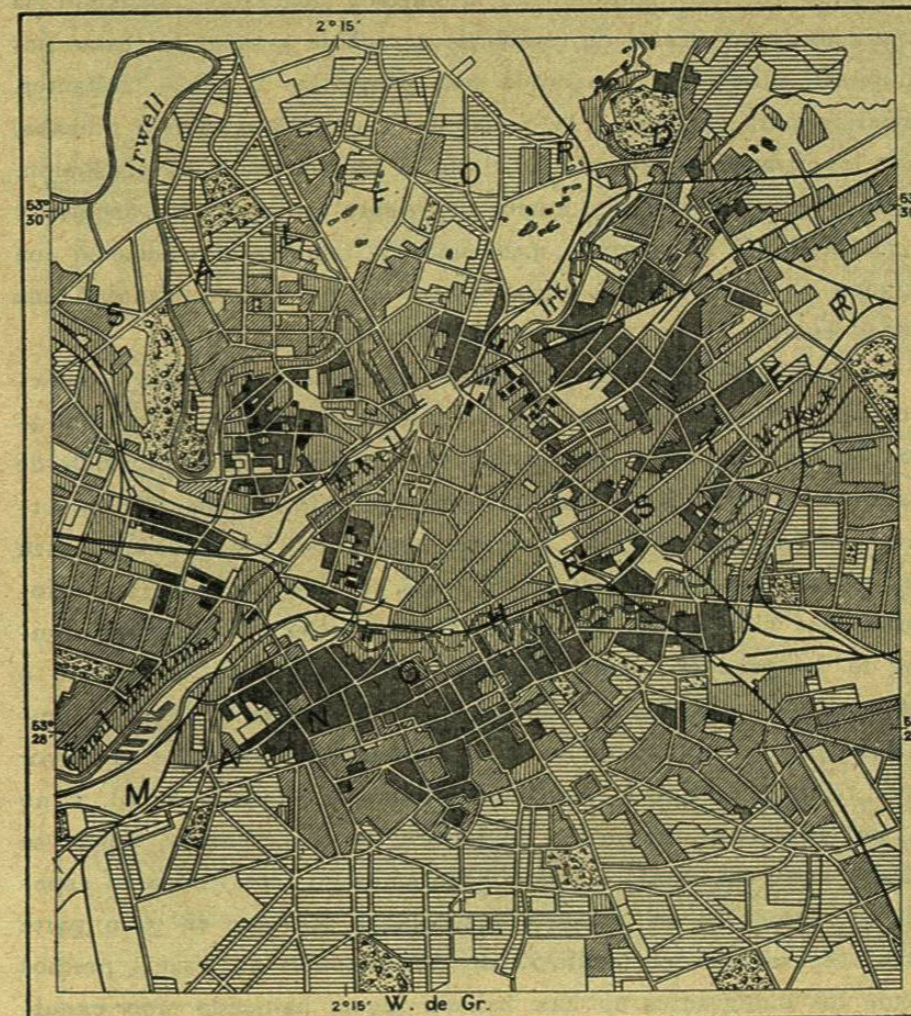
<sup>1</sup> Lawrence Corthell, *Revue Scientifique*, 27 Junio 1896, p. 815.

<sup>2</sup> Chr. Sandler, *Volks-Karten*, p. 1.

<sup>3</sup> Edmond Demolins, *Les Français d'aujourd'hui*, ps. 106, 107.

toso consumo de hombres, el envilecimiento de los caracteres y la corrupción de tantas almas cándidas que se mezclan y confunden en

N.º 492. Slums de Manchester y Salford.



Según los trabajos de T. R. Marr, *Housing conditions in Manchester and Salford*, los cuadros negros de casas ó cubiertos de los rayados 1 y 2 deben desaparecer á causa de sus deplorables condiciones higiénicas. Las demás habitaciones son relativamente sanas.

la «cuba infernal», algunos reformadores piden la destrucción de las ciudades, la vuelta voluntaria de la población hacia la campiña. No

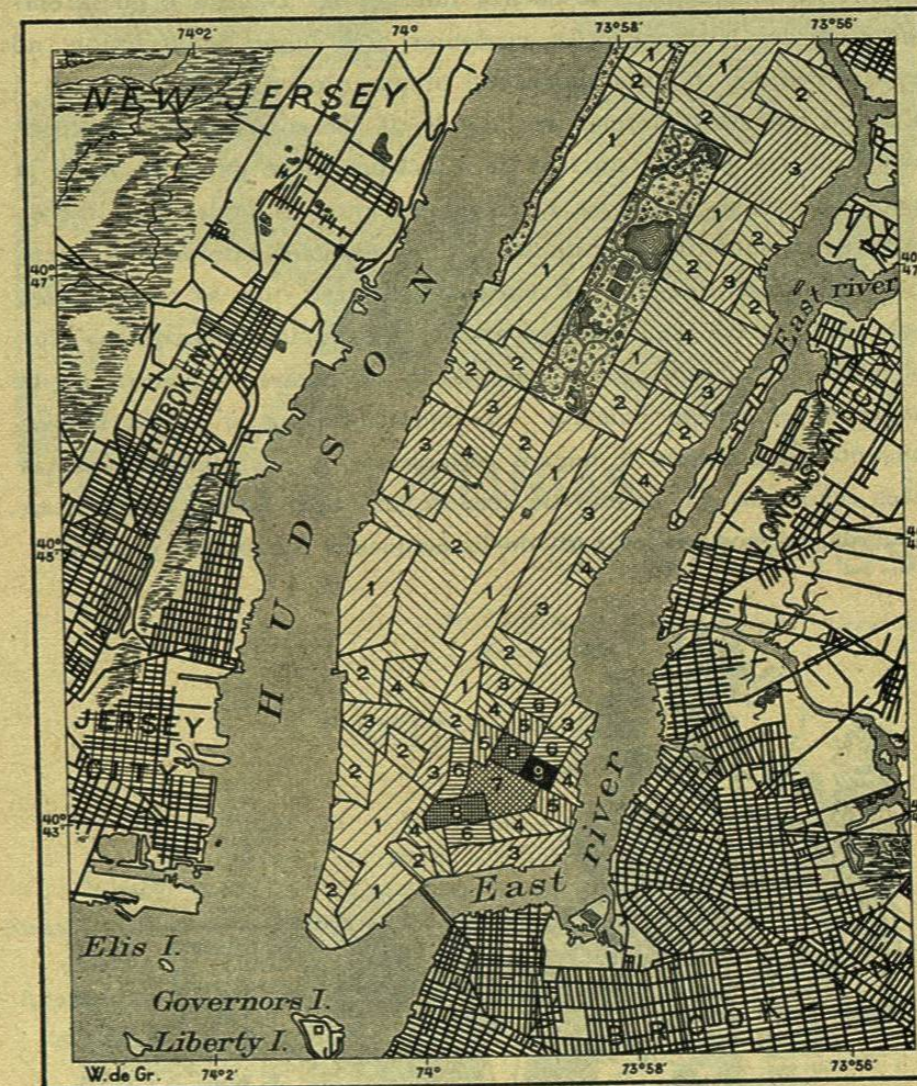


hay duda que en una sociedad consciente, que quisiera resueltamente el renacimiento de la humanidad por la vida de los campos, esa revolución sin precedente sería estrictamente posible, puesto que evaluando en cien millones de kilómetros cuadrados solamente la superficie de las tierras de residencia agradable y sana, dos casas por kilómetro cuadrado, capaz cada una para siete u ocho habitantes, bastarían para albergar á la humanidad; pero la naturaleza humana, cuya ley primera es la sociabilidad, no se acomodaría á esa dispersión. Verdad es que necesita el rumor del viento que agita los árboles y el murmullo de los arroyos, pero necesita también la asociación con algunos y con todos: el globo entero es para la humanidad una ciudad enorme, única que puede satisfacerle.

Actualmente nada hace presumir que esas prodigiosas aglomeraciones hayan alcanzado su mayor extensión imaginable; al contrario: en los países de colonización nueva, donde la agrupación de los hombres se ha hecho espontáneamente, de manera que concordara con los gustos y los intereses modernos, las ciudades tienen una población proporcional mucho más considerable que las aglomeraciones urbanas de las envejecidas comarcas de Europa, y algunos de los grandes núcleos de atracción tienen más del cuarto ó del tercio, á veces hasta la mitad de los habitantes del país. Comparada con el conjunto de su círculo atractivo, Melbourne es mayor que Londres, porque la población circundante es más móvil, y no ha de arrancarse, como en Inglaterra, de los campos, donde se hallaba arraigada durante siglos. Sin embargo, ese fenómeno especial de plétora en las ciudades australianas proviene en gran parte de la repartición del territorio de las campiñas en vastos predios donde los inmigrantes no han hallado lugar, habiendo sido expulsados desde los *latifundios* hacia las capitales<sup>1</sup>. De todos modos, el trabajo de trasplatación se hace cada vez más fácil, y el crecimiento de Londres podrá hacerse incesantemente con menor gasto de fuerzas. Al principio del siglo XX, esta ciudad apenas consta de un séptimo de la población de las islas Británicas; no es imposible que adquiera también el tercio ó el cuarto de los habitantes del

<sup>1</sup> J. Denain-Darrays, *Questions diplomatiques et coloniales*, 1.º Febrero 1903.

N.º 493. Barrios de New-York.  
(Véase pág. 395)



1: 100 000  
0 3 6 Kil.

En la ciudad de New-York, los rayados 1 á 9 indican la densidad de población por barrios; 1 corresponde á 250-500 habitantes por hectárea, y así sucesivamente por aumentos de 250; la cifra 9 á 2,250-2,500 por hectárea.

país, con mayor motivo si se considera que Londres no es solamente el centro atractivo de la Gran Bretaña y de Irlanda, sino que es también el principal mercado de Europa y de una gran parte